



SCIREA Journal of Sociology

<http://www.scirea.org/journal/Sociology>

September 18, 2023

Volume 7, Issue 5, October 2023

<https://doi.org/10.54647/sociology841138>

## Los procesos de mando y obediencia en *Pequeñas maniobra*

La sumisión nos hace libres.

Javier Serrano, *La jaula*

Souria El Hamouti<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Universidad Autónoma de Madrid, Madrid. España.

Email: [S\\_elhamouti@hotmail.com](mailto:S_elhamouti@hotmail.com)

### Resumen

*Pequeñas maniobras*<sup>1</sup> es la segunda novela del escritor cubano Virgilio Piñera, (1912 – 1979), el cual, su argumento principal es la lucha pasiva contra la opresión, puesto que su protagonista, Sebastián, es consciente del impacto que tiene la sociedad en su forma de vivir, y elige sobrevivir sometido a ella con el fin de evitar cualquier tipo de dolor e incluso, obtener algún ápice de felicidad entre la podredumbre y la represión que una sociedad totalitaria le impone.

La obra es un elogio al nihilismo representando las inquietudes de nuestro autor en el ámbito de la falta de lucha, determinar cómo habría sobrevivido él a sus vicisitudes en el caso de que hubiera elegido no luchar por su libertad de expresión, sino adecuar su comportamiento al del gobierno cubano imperante en su época. Recordemos que cualquier indicio de revolución

---

<sup>1</sup> El autor describe el estado de conciencia de un maestro de escuela -Sebastián- su constante cambio de un trabajo a otro cada vez más degradante: de maestro, a sirviente, a vendedor de enciclopedias, a fotógrafo callejero y a guardián espiritista. Sebastián siente un miedo atroz e inexplicable a todo, y por esta razón se niega a establecer cualquier tipo de compromiso. Sebastián retrocede y se escapa ante la más mínima dificultad, por medio de múltiples y degradantes pequeñas maniobras.

intelectual que se mostraba en la época era categóricamente eliminado, así pues, nuestro autor conocía los peligros que suponía mostrar sus opiniones al público, y a su manera intentó combatir a la injusticia que imperaba.

Entre los diferentes autores en los que nos hemos apoyado para la comprensión de **Pequeñas maniobras** podemos destacar a Judith Butler, que analiza perfectamente la cadena de sumisión, nos introduce en los procesos de mando y del sometimiento, los cuales son complementarios el uno del otro y que no pueden sobrevivir de forma separada e independiente.

Wilhelm Schmid por su parte preconiza la transformación del hombre por medio de la reflexión sobre sí mismo, sirviéndose de la escritura de su propia biografía. En este sentido podemos comprender mejor a nuestro autor a través de las obras que ha dejado su pluma.

**Palabras clave:** Pequeñas maniobras, mando y sometimiento, sociedad infantilizada, renuncia a la libertad.

## **Asbtract**

*Pequeñas maniobras* is the second novel of the Cuban writer Virgilio Piñera (1912 – 1979), which its principal topic is the passive fight against the oppression, because its protagonist, Sebastian, is conscious about the impact that the society has in his way of life, and he chooses to survive submitted to it with the purpose to evade any type of pain and even achieve some trace of happiness among the decay and the repression that a totalitarian society imposes him.

The novel is a praise to the nihilism representing the restlessness of our author in the range of the absence of fight, determining how he could have survived to his incidents in case that if he had chosen not to fight for his liberty of expression, but to adapt his behaviour to the Cuban government that was ruling in that period. Remember that any suspect of intellectual revolution that was shown in that time, was categorically executed, so, our author knew the risks that suppose to show his opinions publicly, and in his way he tried to fight the injustice that was ruling.

Among the different authors that we used to support our understanding about *Pequeñas maniobras* we should emphasize Judith Butler, who analyzes perfectly the chain of submission, she introduces us in the leadership process and of the submission, which are complementary to each other and cannot survive separately and independently.

Wilhelm Schmid in his part, foresees the transformation of the man through the thought of oneself, making use of the works of his own bibliography. In this way we can understand better our author through the works that his pen has left us.

**Key words:** Pequeñas maniobras, leadership and submission, child-like society, renounce to liberty.

Hay un conflicto entre la libertad humana y las leyes sociales. Conflicto del que es víctima el hombre moderno que anhela más libertad y una autonomía absoluta. No obstante, la idea de libertad, como todos los conceptos abstractos, no tiene nada que ver con su aplicación práctica. “La libertad se basa en la sociedad, y la sociedad sólo puede ser libre si sus miembros renuncian voluntariamente a la suya”. (Jesús Pardo, 1999: 88-89).

Nos sorprende constatar, actualmente, que esta misma sociedad lucha por y para conseguir más derechos, más independencia y más libertad para sus ciudadanos. Una libertad falsa e ilusoria porque el individuo se limita a seguir las pautas y las leyes dictadas por ésta. Mediante la educación, en ocasiones, la sociedad busca formar personas infantilizadas e inmaduras, unos autómatas, unos títeres que manejará a su aire con sus hilos electrizantes. Para ello usa técnicas de reforzamiento, (el control externo), para enseñar a los sujetos a pensar, a decidir y a actuar según unas pautas establecidas. “Enseñamos a un niño a pararse a pensar y a considerar las posibles consecuencias de sus actos, suministrándole reforzamientos adicionales” (Skinner, 1969: 272). Sin duda alguna, la educación que nos proporciona la sociedad tiene un valor fundamental y extraordinario, desempeña un papel cardinal en la humanización del hombre, pero corremos el riesgo de convertirnos en estatuas de sal, en receptores pasivos, en espectadores y no en actores sobre el escenario de nuestra vida.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> En nuestra cultura, la educación puede conducir a la represión de algunos sentimientos espontáneos, como los sentimientos de hostilidad y de aversión, y emociones extrañas como las sexuales. Puede verse así amenazada la ‘soberanía personal’ que le permitiría, en un futuro próximo, decidir por sí y según su libre criterio. Entonces, existe la tentación de crear “Formas” inmaduras, máscaras sin voluntad que la sociedad podrá utilizar a su antojo.

El fundamentalismo, el extremismo, el dogmatismo, enseñan que la persona formada en la sociedad cosificada está a la espera de las órdenes ajenas. Los individuos infantilizados actúan como frágiles marionetas que esperan que la sociedad decida el momento adecuado de la acción. Como consecuencia de ello, se observa unas actitudes irreflexivas en los comportamientos de éstas personas que han carecido de un verdadero proceso de formación.

Piñera teme la desnaturalización humana, y no deja de preguntarse si la lucha contra ella es útil y necesaria, o si por el contrario la persona debe rendirse convencido de la futilidad de la misma. Esta dicotomía interna es la base de *Pequeñas maniobras*, en su intento de responderse a sí mismo qué habría ocurrido en el caso de que hubiera llevado adelante su lucha en la Cuba de su época; ¿debiera haberse dejado someterse a la sociedad y a sus designios? Para responder a esa duda paradójica crea al personaje de *Pequeñas maniobras* como un ser miedoso y pusilánime, pero consciente de estar sometido a una educación que lo priva de la libertad. Sin embargo, no parece dispuesto a luchar por conseguirla. Se debate entre la duda del menor de los males: no ser libre y sufrir la falta de libertad o luchar por conseguirla y sufrir los avatares de la lucha. Por un lado, luchar por esa libertad requiere un esfuerzo tan extraordinario que puede que no le compense. Y por el otro, desea fervientemente hacerse oír, relatar sus memorias, justificar su comportamiento. Es el dilema de nuestra vida, es el conflicto de toda la humanidad.

Su trayectoria vital indica y confirma su tormento interior, ese estado íntimo revuelto en que se debate su ser. Dicho con otras palabras, existe una parte del inconsciente que no se resigna a aceptar la forma en la que se está convirtiendo el “yo”, la persona. Es el combate que observaba Ernesto Sábato en el prólogo a la edición argentina del *Ferdydurke* de Gombrowicz, cuando habla de una lucha interior entre dos tendencias: la que busca la Forma y la que la rechaza, señala: “La realidad no se deja encerrar totalmente en la Forma, el hombre es de tal modo caótico que necesita continuamente definirse en una forma, pero esa forma es siempre excedida por su caos. No hay pensamientos ni forma que pueda abarcar la existencia entera. [...] y esta lucha entre dos tendencias opuestas no se realiza en un hombre solitario sino entre los hombres, pues el hombre vive en comunidad, y vivir es con-vivir; siendo las formas que adopta la consecuencia de esa ineluctable convivencia” (Gombrowicz, 1984: 9-10). Sebastián, al igual que el héroe de la novela de Gombrowicz, se ve sometido a un proceso artificial de infantilización, por la pedagogía terrorífica de la sociedad, que siembra el miedo y el terror entre sus miembros, en función del cual no razona, ni actúa, ni se compromete por lo que le es natural, sino por lo que le es impuesto desde el exterior en aras de la cultura y la vida social.

Sebastián representa al individuo de esta misma sociedad cosificada, en la que la pérdida del yo aumenta la necesidad del conformismo, que origina una profunda duda existencial acerca de la propia identidad. La identidad sólo es un reflejo de lo que los otros esperan que el sujeto sea, que Sebastian sea en *Pequeñas maniobras*, pero esa forma de adaptación a las expectativas de los demás genera cierto confort y cierta seguridad pero al precio del abandono de tus propios valores, de la manifestación espontánea y de la exposición de tu propia individualidad. Ciertamente, el individuo queda definido a la luz de estas relaciones como un sujeto pasivo, sometido y prisionero de la sociedad, pero según Sebastian, también como una instancia activa, espontánea, apta para actuar sobre sí misma.

Piñera asemejaría este individuo sin espontaneidad e individualidad a un perro amaestrado perdido lejos del domicilio de su amo. Puede ir donde le plazca, pero no por ello es más libre y está menos perdido, porque no sabe dónde ir ni cómo evitar la soledad, la indefensión, la inseguridad. Por tanto, el perro adiestrado termina siempre volviendo a la casa de su amo dispuesto a implorar su perdón y a lamer sus manos. Sebastian asegura: “No sé como expresar mi reconocimiento, este hombre es mi salvador, si pudiera transformarme en perro lo haría en el acto. Tengo una ganas locas para lamer sus manos” (Piñera, 1985, 50). Será el perro sumiso, fiel y feliz por el mero hecho de tener un dueño domador y dominador. Nuevamente, asistimos a un excelente símil representado en este fiel y sumiso compañero del hombre descrito, detalladamente, por Piñera en *La isla en peso*:

He sido como un perro

sumiso a la voz del amo:

¡Hop, Virgilio, salta!

He amado la hermosura,

pretendido la gracia.

He tenido delicadezas

de perro amaestrado.

En premio mi amo,

sólo te pido,

un poco más de escarnio. (Piñera, 2000:185)

Con estos versos podemos entrever la verdadera opinión de nuestro autor con respecto a este tipo de personas, teniendo en cuenta las opresivas circunstancias de su vida, entre otras, que vivió en Cuba. Por momentos, se presenta como un perro sometido y con deseos de sufrir un mayor desprecio. También sabemos que luchó con determinación y valentía para sacudirse el miedo. Y que se comportó como un ser verdaderamente libre, y que por ello sufrió persecución y ostracismo.

Con respecto a *Pequeñas Maniobras*, aceptar la debilidad, rendirse ante el miedo, permitirlo y abrazarlo es una forma inteligente de conservar la vida, de vencer en vez de ser vencidos. Sebastián también reconoce su miedo, lo observa y pone toda su atención en él. Sabe que si se mantiene vivo es gracias a ese miedo, a esa cautela que no le deja pisar terreno resbaladizo. También es consciente de que no hay nada que pueda hacer para cambiar el “aquí y ahora”.

Se niega a enfrentarse a la situación, porque carece de valor y de coraje. El autor enseña que con la fórmula de la “rendición” el sufrimiento se transmuta en una paz profunda. El conformismo será su crucifixión pero también será su pasaporte para la conservación. Sebastián es consciente de que si se mantiene en este estado de aceptación, no creará más negatividad, ni más sufrimiento, ni más infelicidad. Vive en estado de no-resistencia, vive en estado de gracia y ligereza, pero no se libra de sus luchas internas. De ese modo, el falso “yo” infeliz al que le encanta sentirse desgraciado, resentido o compadecerse de sí mismo no puede sobrevivir sin refugiarse en esa mezquina emoción. En cualquier caso conformándose, se es libre<sup>3</sup>.

Algunas personas se pasan la vida buscando su particular punto de equilibrio con el poder. No quieren ser esclavos y, en general, tampoco ser mártires. Otros, sin embargo, sienten el deseo de vivir según su fantasía; varios de ellos creen tener la razón y la fuerza de dominar y destacar sobre los demás. Este deseo, según los expertos, es innato al hombre, pero en las dictaduras se exagera y termina por adquirir en el dictador, una intensidad morbosa.

Las personas que forman parte de una jerarquía deben saber dominar a los que están debajo y someterse a los que están arriba. De esta filosofía nietzscheana es consciente el antihéroe de

---

<sup>3</sup> En este sentido, Sloterdijk afirma que la resignación no es una muestra de debilidad, sino que requiere una gran fuerza. Sólo una persona que sabe rendirse a tiempo tiene poder: “La resignación es más fuerte que la revolución. Lo que se podría decir sobre los condenados de la tierra rusa no procede de Lenin sino de la pluma de Flaubert: la resignación es la peor de las virtudes”. Peter Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica*, II, op. cit., p. 139.

*Pequeñas maniobras*, al asumir su papel de resignado en una sociedad en la que coexisten dos fuerzas opuestas: la tendencia a la dominación y la tendencia a la sumisión. Sebastián, opta por la sumisión. Tal vez Piñera buscaba una justificación para actuar como el antihéroe sumiso de su novela, pero nunca pudo lograrlo. Un malestar interior le hizo luchar contra el poder hasta el final de sus días.

La obediencia y el mando son dos fenómenos que han estado presentes en el desarrollo de la humanidad. El análisis de los procesos sociales permite observar que siempre, y en muchos casos de forma inconsciente, los individuos se encuentran en situaciones de mandar o de obedecer, o de ambas cosas a la vez<sup>4</sup>. Muchas de estas relaciones de dominio y/o sumisión son muy difíciles de visualizar y de entender. Por eso, un sondeo alrededor del poder debe abarcar tanto la actitud del que manda (la sociedad, el sistema, la iglesia, el Otro) como la actitud del que obedece (el súbdito, el marginado, el débil, Sebastián). Lo cierto es que, si comprendiéramos los mecanismos psíquicos del poder<sup>5</sup>, llegaríamos a comprender mejor la conducta y reacción de muchas personalidades y, en especial, en este intento de análisis de la obra narrativa piñeriana, entenderíamos tanto al personaje como al autor y a esa visión especial que tiene de la existencia y su arte de vivir, tal y como lo expone y explica Wilhelm Schmid en su libro *En busca de un nuevo arte de vivir* (Schmid, 2002: 212)

Definitivamente, el mundo se compone de fuertes y débiles: los fuertes están llamados a dominar y los débiles a la sumisión. No siempre es clara esta postura y algunos que piensan estar llamados a dominar se ven abocados a la sumisión cuando encuentran otros más fuertes que ellos. Es verdad que, como dijera Nietzsche en su día, los que no son capaces de someterse por sí solos no tardarán en dar con alguien que se encargue de hacerlo por ellos. Según el filósofo, el poder es bueno y tiene varias ventajas, mientras que la debilidad es mala.

Estamos “programados” por una compleja red de autoridades superestructurales de la sociedad, escuela, iglesia, familia, medios de comunicación para creer y para hacer lo que se

---

<sup>4</sup> “A causa de la multiplicidad de los contactos, de relaciones y de los aspectos de estas, todo el mundo, efectivamente, llega a conocer la ocasión de obedecer y de mandar. Si la consideramos bien, veremos que ningún hombre, aun en la cúspide de la jerarquía, se pasa la vida mandando sin obedecer jamás, y que, por el contrario, tampoco hombre alguno, ni siquiera en el ínfimo nivel de la escala jerárquica, se ve obligado a obedecer continuamente sin ocasión alguna de mandar”. Maurice Marsal, *¿Qué sé? La autoridad*, Barcelona, Oikos-tan, 1971, p. 64.

<sup>5</sup> Para entender estos mecanismos entre mando y obediencia, es recomendable ver el análisis que hace Judith Butler en su libro, *Mecanismos psíquicos del poder. Teoría sobre la sujeción*, Madrid, Cátedra, 2001.

nos dice, para aceptar sin mucho análisis y cuestionamiento sus “verdades”. Estas instituciones, que conforman lo que Foucault denominó “un sistema de micropoderes” (Michel Foucault, 1975: 33), tienen la función de congelar las conciencias de los individuos a través de procesos subliminales de condicionamiento, que inhiben la actividad creadora del individuo y lo hacen renunciar a sus deseos de libertad, ejerciendo un control internalizado, el cual es, en muchos casos, la forma más represiva de control. Esta represión que tiene como objeto la dominación de las personas tiene en el mono de Kafka (en *Informe para una academia*, una fábula sobre el proceso de la pérdida de la identidad y la alienante capacidad de adaptación de sobrevivir de un mono capturado y luego trasladado a la ciudad, para ser educado como un ser humano) un ejemplo gráfico de cómo la sumisión al más fuerte no es tan sólo una vía de escape sino incluso de supervivencia. Peter el Rojo, el nombre dado al mono, evoca el amargo proceso de transformación en ser humano:

No, yo no quería libertad. Quería una salida: a derecha, a izquierda, adonde fuera. No aspiraba a más. Aunque la salida fuese tan sólo un engaño: como mi pretensión era pequeña, el engaño no sería mayor. ¡Avanzar, avanzar! Con tal de no detenerme con los brazos en alto, apretado contra las tablas de un cajón<sup>6</sup>. (Kafka, 3).

El mono de Kafka acepta conscientemente el menor de los males: sabiendo que cuanto menor sea la libertad, menor será el engaño. No le queda duda alguna al respecto. Sebastián quiere menos aún, renuncia a su libertad porque no quiere asumir ninguna responsabilidad. El protagonista de *Pequeñas maniobras* no está dispuesto a elegir, a decidir, a comprometerse, siente temor a equivocarse. La libertad, para él, es exponerse constantemente al peligro y no lo quiere de ninguna manera.

La libertad se ha convertido para el hombre moderno en núcleo de miedo<sup>7</sup>, al menos para el antihéroe Sebastian. No se trata de un miedo azaroso, sino producido, sistemático, instrumentalizado. Su origen es, pues, la educación, la sociedad opresora y la cultura esclavizadora. Tener que tomar decisiones produce angustia, la individualidad atrevida, revolucionaria es un riesgo, y por ello es fácil de comprender que Sebastián se refugie en la

---

<sup>6</sup> Fran Kafka, *Informe para una academia*, en [www.elpais.com](http://www.elpais.com), p. 3.

<sup>7</sup> Merece la pena reseñar que últimamente el albacea de Erick Fromm y presidente de la sociedad internacional que lleva el nombre del filósofo, Rainer Funk, sugirió que el título de *El miedo de la libertad* sería hoy “El miedo a la realidad”. La huida de la realidad sería hoy un asunto capital de Fromm, puesto que “el problema del hombre actual no es la libertad, no es la pregunta de es libre o cómo puede ganar más libertad [...] sino el de la percepción de la realidad [...] hay que luchar para que los hombres no huyan ante la realidad y sean capaces de aceptarse como son”. Página Web: [/www.vitral.org/vitral/vitral43/lec.htm](http://www.vitral.org/vitral/vitral43/lec.htm).



obediencia. Sebastián admite que sin el sometimiento voluntario, la perduración en la vida es imposible. El antihéroe admite estar enamorado de la vida, y para conservarla está dispuesto a someterse a todos los hombres y a todas las criaturas de este mundo. Tal es la condición del ser débil con voluntad de servir al más fuerte. En este misterio de mecanismos de mando y obediencia, quién mejor que Nietzsche para guiarnos y esclarecer esa estrecha relación que une siervo y señor: “Al más débil le induce su voluntad a servir al más fuerte, porque esa voluntad quiere dominar lo que es más débil aún: se trata de un placer del que no quiere privarse” (Nietzsche, 2010: 106.)

Sebastián da testimonio de su renuncia a la libertad en el párrafo siguiente “¡La vida! Sepan que me encanta y que no encuentro deporte más apasionante que vivir. Ocurre, sin embargo, que las reglas del juego varían de acuerdo con la concepción vital del jugador: algunos la exponen locamente, otros la preservan. Yo soy de estos últimos” (Piñera, 1985: 184). Sebastián sella su sentencia de muerte en vida; a partir de ahora será sólo una figura cadavérica sin voluntad alguna. El “yo mínimo” sustituye y reemplaza al ideal clásico de “vida buena” por la conservación de un concepto de vida mediocre, en el cual el individuo no busca aspiraciones, tan sólo intenta seguir adelante como sea. La disposición a someterse en Sebastián, a acatar las órdenes de otros sin ofrecer resistencia puede estar motivada por varios factores.

Podría deberse al cansancio producido por las continuas derrotas pretéritas experimentadas, a la carencia de un futuro atractivo y prometedor y a la desconfianza en los dirigentes y en las organizaciones. Es verdad que esta actitud de resignación va acompañada de la aceptación pasiva por parte de la persona; pero también indica un estado de impotencia frente al poder. Suponemos que Sebastián acata la autoridad mientras no puede hacerle frente; sabe, por experiencia, que no puede actuar si no existe el apoyo para su causa, pues sin este apoyo está nuevamente condenado al fracaso. Si la situación lo obliga a ser sumiso, debe saber moverse con perspicacia y astucia entre los dédalos del poder.

Hay que aceptar los hechos consumados y obrar en consecuencia. Hasta donde alcance. Nada de *rebeldías*: si cada uno tiene el derecho a seleccionar su animal, yo ahora mismo escojo el lagarto. [...] el tigre y el león acaban por ser matados, el lagarto tiene probabilidad de escapar. Me fascina este animalejo que se confunde con las hojas, que cambia de color, que se arrastra, que duerme... él se confunde con las hojas y yo me confundo con los bobos. Si pasa el gato sólo verá hojas, si pasan los esbirros sólo verán bobos...y seguirán de largo (Piñera, 1985: 29).

Piñera, al igual que Maquiavelo, era un gran estratega que sabía utilizar el camuflaje para poder sobrevivir en una sociedad hostil. Maquiavelo explicó mediante una metáfora con animales, cual debe ser el comportamiento humano para evitar poner en riesgo la vida, preconizando la astucia del zorro y la fuerza del león. No basta con ser fuerte, la fuerza no es garantía de sobrevivencia. La astucia es fundamental para sobrevivir.

De manera que, ya se ve obligado a comportarse como una bestia, conviene que el príncipe se transforme en zorro y en león, porque el león no sabe protegerse de los lobos. Hay, pues, que ser zorro para conocer las trampas y león para espantar a los lobos. Los que sólo se sirven de las cualidades del león demuestran poca experiencia. (Maquiavelo, 1999: 67-68).

Cuando la elección se vuelve imposible, Sebastián se inclina por la subordinación como promesa de existencia. Judith Butler advierte que el sometimiento explota el deseo de la existencia, que siempre es conferida desde fuera; impone una vulnerabilidad primaria ante el Otro como condición para alcanzar el ser. Ese proceso de automatización convierte al individuo en un ser inseguro y desamparado; de aquí que él busque la protección y esté dispuesto a someterse (incluso muy entusiastamente) a aquellas autoridades que le ofrecen seguridad y protección (Butler :18). Sebastián dice: “soy yo quien autoriza al director, yo el que permite la vejación de palabra y hasta de obra; nadie, ni yo mismo, hace nada si no es a cambio de algo. Si él me proporciona lo que yo busco, está en su perfecto derecho a mandarme” (Piñera, 1985: 61).

El protagonista de *Pequeñas maniobras* considera que el sometimiento no sólo es garantía de supervivencia sino también fuente de placer. Ello nos lleva a considerar cómo en situaciones de opresión y subordinación extrema, una posibilidad de negociar la propia vida y mantener la cordura es someterse al control externo. Cuando se decide optar por la sumisión se alivia la tensión de la lucha, de la oposición, del enfrentamiento, del miedo... y, consecuentemente se produce una satisfacción placentera. Cuando en la demanda de obediencia total se exige el abandono de todo deseo, es la obediencia misma la que se torna deseable. La renuncia a su propia voluntad hace que Sebastián sienta un hechizo que le satisface. En el diálogo que mantiene nuestro protagonista con Pablo, su antiguo compañero, asistimos al colmo de la resignación y de la degradación:

- Yo soy un sirviente como todos los sirvientes. No veo la diferencia
- Te explotan –me objeta–. Un hombre como tú merece algo mejor.
- De acuerdo me explotan. Me gustó la oferta del explotador. Estaba cansando de la escuela

– Te fuiste al otro extremo...

– Al extremo más simple. Me siento cómodo (Piñera, 1985: 65).

Sebastián se somete al poderoso y, al mismo tiempo, actúa como él; a pesar de que acepte el poder de los otros, no internaliza sus valores y las normas que conllevan. En muchos casos, Sebastián llega hasta a admirar a su opresor; admiración y servilismo que son productos de su anterior temor hacia al poderoso. Sebastian dice “La vida no es tan sencilla como parece y un tipo como el director (los hay por millares en millares de profesionales) es, a la vez, un ladrón y un santo. [...] él me ha escogido, después de un profundo estudio sabe que me tiene a su merced, sabe que yo también bailo en otra cuerda floja y que un paso en falso me precipitaría en el abismo. Prefiero la bajeza de encubrirlo, al civismo de desenmascararlo. Yo no soy un héroe” (Piñera, 1985, 42-43). En palabras de Butler, “La voluntad prefiere querer la nada antes que no querer en absoluto. [...] El deseo de desear es una voluntad de desear precisamente lo que repudiaría al deseo, aunque sólo sea para conservar la posibilidad de seguir deseando (Judith, 2001: 25).

El conformismo se da cuando el individuo deja de ser él mismo y adopta la personalidad que dictan las pautas culturales. Se transforma en una persona idéntica a las demás y actúa tal como los poderosos esperan que reaccione. Es tal su identificación con los otros que resulta muy difícil distinguirlos entre sí. Sebastián reflexiona sobre el tema afirmando lo siguiente: “Cuando uno ve a tantos hombres juntos pierde la noción de la figura humana. He ahí la ventaja de caminar perdido en la multitud: ni yo mismo sé ya quién soy” (Piñera, 1985: 28). Si pensamos y sentimos como el resto de la sociedad, entonces desapareceremos entre la masa y no necesitaremos nuestra libertad para asumir responsabilidades. Al despojarse de su personalidad, se convierte en un autómatas más, imposible de ser identificado entre los demás y de ser blanco de las iras y represiones de los poderosos que regulan la sociedad. Se pierde libertad y se compensa con la ganancia de protección y el reconocimiento de los demás. Mark Rowlands dice: “El contrato se basa en un sacrificio deliberado a cambio de una ganancia prevista: la renuncia a algo sólo porque se prevé obtener algo mejor a cambio. Vender tu libertad a cambio de protección, ya que para ti la protección es superior a la libertad” (Rowlands, 2009: 147-148).

Progresivamente, transferimos el papel de actor al de espectador que piensa que no hay nada que hacer, que nada vale la pena en esta vida, que todo transcurre lejos del alcance de uno, inerte ante lo que sucede, aunque le indigne, preocupe o enerve. Del “sinremedismo” se pasa pronto a la indiferencia, al alejamiento de la participación y de la interacción que podrían

contribuir a resolver muchas cuestiones y enderezar muchos entuertos. En este sentido, corrobora Nietzsche:

Es lo que les pasa siempre a los débiles: se extravían en su camino; y al final la fatiga les hace decir: ¿De qué ha servido caminar, si todo es igual? A esa gente le gusta que le digan que nada merece la pena, que no se debe querer nada. Eso es predicar a favor de la esclavitud. Zaratustra, hermanos, viene como viento fresco e impuesto para todos los cansados del mundo, pues va a hacer estornudar a muchas narices. (Nietzsche, 2010: 180).

La apelación al individuo aislado, y el rechazo de la actividad política transformadora, no sólo es consciente en nuestro autor sino que además supone una abstracción idealista que no tiene en cuenta hasta qué punto las estructuras sociales condicionan la individualidad. Sebastián reflexiona admitiendo lo siguiente:

No firmaré ningún manifiesto, no formaré en los desfiles callejeros, yo no quiero comprometerme. [...] Leyendo esos libros soy lo que no soy y al mismo tiempo ellos me dan fuerzas para seguir siendo lo que soy si por casualidad me cae en las manos uno de esos que me retratan de cuerpo entero y de mano maestra lo cierro pesadamente. Además de afligirme, quién sabe si no me incitarían a la rebelión, a cambiar el lagarto por el tigre (Piñera, 1985:30).

En oposición a nuestro protagonista, y como reacción de rechazo a la autoridad, de inconformidad con el poder, los compañeros de trabajo de Sebastián están dispuestos a perder la vida por defender y reivindicar sus derechos. Sebastián mientras tanto no puede entender la postura de rechazo a la sumisión de sus compañeros, típica de suicidas:

En la escuela reina gran excitación entre los profesores. Debido a ‘la crisis que atravesamos’ el director se veía en la triste necesidad de rebajarnos el sueldo. María se ha vuelto una tigresa, Julia una leona, Inés una hiena. No es nada difícil ponerse en cuatro patas y comenzar a rugir. Ellas lo hacen de lo lindo. En medio de sus rugidos y de sus espumajeros de rabia pronuncian frases inconexas: “derechos conculcados”, “atropello sin nombre”, “morirse de hambre”. Bien dicho: moriremos. Es la única frase que me convence. Entretanto llegan más profesores, ya han formado un comité, se habla de recoger firmas, de ir a los diarios...Juzgándolo por mí, nunca hubiera creído que esos idiotas resultasen unos revolucionarios. (Piñera, 1985: 27)

El que se revela contra el sistema del poder es un quebrantador de las tablas de valores dominantes y es, también, un creador de nuevos valores que promueven la existencia de un nuevo hombre, de un “superhombre”. Conoce que está solo en esta tarea y, también, sabe que lo etiquetarán de anormal, de delincuente. Sebastián, el personaje de *Pequeñas maniobras*,

opina que estos estúpidos e idiotas ‘revolucionarios’ hacen inevitablemente el juego al adversario, incluso cuando el poderoso es el provocador, el injusto y el responsable del inicio de las hostilidades; los políticos, los jefes y los medios de comunicación no hablan entonces más que de la violencia: destrozos, caos, muertes... Las ideas, los motivos, las razones, las propuestas quedan escondidas:

Uno quisiera comprender hasta el fondo por qué se producen estas situaciones, pero la madeja es más larga de lo que creemos. No me asombraría si alguien me dijera que esta rebelión de maestros guarda estrecha relación con la muerte del portero y con la boda de la hija de Sara. Nadie podría demostrar lo contrario, ya que nunca se toca fondo. (Piñera, 1985: 28)

Tal vez muchos opinen que la forma de actuar de Sebastián es la de un desviado mental, pero consideramos que el autor, supone esta una conducta inteligente para vencer en vez de para ser vencido. Sería la manera de comprender *Pequeñas maniobras*. Puede preguntarse uno qué clase de hombre es Sebastián. Se trata de un loco o de un sabio. Es un ser atávico, ajeno a nuestro mundo moderno y mejor adaptado a las primordiales condiciones de una vida pretérita conformista. O, si por el contrario, no es más que una víctima de la sociedad cosificada formada en la resignación y en el miedo. Hay algo de verdad en ambas suposiciones. Sebastián ha sobrevivido porque es socialmente invisible; ha resistido a la aniquilación interior porque es un esquizofrénico, un demente; alguien que pasa la vida justificando sus actos. Pero es imposible negar que es ante todo un superviviente; es el más adaptado, el ejemplar humano más idóneo para este modo de vivir actual. Sebastián es entonces un individuo dichoso, igual que Sísifo empujando felizmente su roca.

## **Conclusión**

Esta pequeña obra de Piñera supone, de manera implícita, un ejemplo de sumisión al poder centralizado y represor, estableciendo la oportunidad a nuestro autor de qué hubiese sido su vida en el caso de haber sido menos beligerante defendiendo sus ideas. Nos encontramos pues ante una obra que no se escribió tanto para un lector extraño, sino para sí mismo. Es un recordatorio implícito de su lucha contra las sociedades infantilizadas y destructoras de la

individualidad, en aras a no olvidar lo que supone un individuo y, de lo que debe ser su la lucha por no perder su identidad.

Considerando esta obra como una antítesis de las obras anteriores, el protagonista en esta obra ya se ha decidido por la inacción y a la sumisión, dejando de lado la tribulación interna entre lucha y rendición; y centrándose más en las ventajas de la ausencia de responsabilidad que le evita toda acción. Renunciar voluntariamente a la libertad en una sociedad autoritaria, es lo idóneo para no tener que enfrentarse al orden impuesto.

Y como contrapunto, esta obra mantiene la línea de pesimismo y de resignación que de forma general presenta toda su narrativa; se renuncia a la libertad, se evita la toma de decisiones y se acaba en un sinremedismo, en una indiferencia que anula al individuo, lo despoja de su identidad y lo confunde con la nada.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- [1] BUTLER, Judith, Mecanismos psíquicos del poder. Teoría sobre la sujeción, Madrid, Cátedra, 2001.
- [2] FOUCAULT, Michel, Vigilar y castigar, Madrid, Siglo XXI, 1975, p. 33.
- [3] GOMBROWITCZ, Witold, Ferdydurke, Barcelona, Edhasa, 1984.
- [4] KAFKA, Fran, Informe para una academia, en [www.elpais.com](http://www.elpais.com)
- [5] MAQUIAVELO Nicolás, El príncipe. El salvador, Jurídica Salvadoreña, 1999.
- [6] MARSAL, Maurice, ¿Qué sé? La autoridad, Barcelona, Oikos-tan, Ediciones, 1971.
- [7] NIETZSCHE Friedrich, Así habló Zaratustra, “Las tres metamorfosis”, Madrid, Ediciones EDAF, 2010.
- [8] -----, El anticristo, Madrid, Alba, 1999.
- [9] PARDO, Jesús, Las preguntas que movieron el mundo, Madrid, Temas de Hoy, 1999,
- [10] PIÑERA, Virgilio, La isla en peso, Obra poética, Barcelona, Tusquets Editores, 2000.
- [11] -----, Pequeñas maniobras, Madrid, Alfaguara, 1985
- [12] ROWLANDS, Mark El filósofo y el lobo, Barcelona, Seix Barral, 2009.
- [13] SLOTERDIJK, Peter, Crítica de la razón cínica, II, Altea, Taurus, Alfaguara, 1989.
- [14] SKINNER, Burrhus Frederic, Ciencia y conducta humana, Barcelona, Fontanella, 1969.
- [15] SCHMID, Wilhelm, En busca de un nuevo arte de vivir, Traducción: Germán Cano, Pre-textos, 2002.